

COMENTARIOS BIBLIOGRAFICOS

TORCUATO S. DI TELLA, TULIO HALPERIN DONGHI Y OTROS, *Los Fragmentos del Poder*, Buenos Aires, Editorial Jorge Alvarez, 1969, 535 p.

La obra que comentamos forma parte de la colección "Los Argentinos", biblioteca fundamental dedicada a profundizar el estudio de los grandes problemas del país en sus aspectos históricos, sociales, políticos y económicos.

"Los Fragmentos del Poder" reúne una serie de monografías escritas en apretada síntesis por destacados autores; algunas de ellas inéditas, otras extraídas de trabajos publicados con anterioridad en revistas especializadas.

Si bien el libro no es geográfico, varios artículos son aprovechables en nuestros estudios. En efecto, diversos trabajos permiten —aunque en forma parcial— apreciar la evolución económica y social de la Argentina desde el siglo pasado; de qué modo se fue estructurando y ocupando el espacio geográfico; qué resultados se obtuvieron y qué problemas enfrenta actualmente.

Tulio Halperin Donghi tiene a su cargo explicar "La expansión ganadera de la Campaña de Buenos Aires (1810 - 1852)". La conquista de tierras al indio, la abundancia del ganado y la fertilidad de los campos ofrecían la posibilidad de obtener grandes ganancias con mínimas inversiones iniciales.

El avance de la frontera trae aparejado el desarrollo de la hegemonía terrateniente que incluso adquiere poder militar a través de las milicias rurales. El espacio organizado por la clase terrateniente tendrá como pilar fundamental, la estancia vacuna, convertida no sólo en "el más importante centro productor de la campaña", sino también en "un factor cada vez más importante por lo menos en las primeras etapas de la comercialización". Se infiere entonces la existencia de una economía netamente tradicional, semejante a las economías imperantes aún en diversas regiones latinoamericanas.

Un retroceso del vacuno en la década del cuarenta, motivado por la reducción de las altas ganancias dejadas por aquél, introduce un nuevo elemento en el espacio: la oveja y el inmigrante (vasco e irlandés). "Era en verdad el fin de una época en la historia rural porteña. Pero esa época dejaba al futuro un legado nada ligero: en ella la campaña porteña se organizó bajo el signo de la gran propiedad y de la hegemonía ganadera... y las consecuencias de él en la historia de la provincia y de la nación fueron y siguen siendo decisivas".

Otro minucioso trabajo, cuyo autor es Manuel Bejarano, lleva por título "Inmigración y estructuras tradicionales en Buenos Aires (1854 - 1930)".

Nos muestra a través de numerosas páginas, que al comenzar la segunda mitad del Siglo XIX, "la estructura rural más característica de la provincia seguía siendo la estancia", con explotación extensiva del ganado y sin inversiones de capital. "Una inmigración orientada hacia la agricultura hubiera obligado a torcer el rumbo en cuanto al uso tradicional del suelo, provocando, sin duda, un virtual desplazamiento de la sólida posición alcanzada entonces por los ganaderos y terratenientes".

Pero Buenos Aires, a diferencia de Entre Ríos y Santa Fe (provincias con escasa población, tierras desvalorizadas y ganado de mediocre calidad para la época), no aceptó cambiar la estructura; por el contrario, procedió a reforzarla. Esto se ve claramente en el desarrollo de la política de distribución de tierras públicas emprendida por varios gobiernos, que condujo a una fuerte concentración de la propiedad. En este aspecto, Bejarano ha logrado una síntesis realmente notable.

Buenos Aires no aplicó una auténtica política de colonización porque el poder de la clase terrateniente lo impidió. Sólo se trató de colonizar ciertas áreas suburbanas de los pueblos de la campaña (de igual modo como lo disponían antiguas leyes españolas), estableciendo zonas ejidales dentro de las cuales se permitía la agricultura. La explotación de estos ejidos "proporcionó las únicas cifras en materia de cultivos, hasta el advenimiento de la era agraria, de la agricultura extensiva, practicada a pleno campo". "El motivo principal de las leyes de ejidos, sin embargo, no parece haber sido la necesidad de extender o generalizar la práctica del cultivo agrícola, ni de radicar inmigrantes, sino crear el mayor número posible de centros de población en las extensiones desiertas que facilitarían el avance de la ganadería...". Vale decir, que a diferencia de lo que ocurre actualmente, en el Buenos Aires de la segunda mitad del siglo pasado, EL CAMPO ORGANIZABA Y SUBORDINABA A SUS NECESIDADES EL PROCESO DE URBANIZACIÓN.

Luego de 1870 y especialmente después de la campaña del desierto, se hicieron intentos para establecer una política orgánica de colonización con inmigrantes (Ley de 1876), para evitar que pasaran a engrosar la población de las ciudades creando problemas sociales desconocidos en el país; pero el fracaso se presentó nuevamente. Las tierras, vendidas al mejor postor, necesariamente fueron adquiridas por los ganaderos, con la única excepción de la colonia ruso-alemana de Olavarría.

En la década del 80 comienza la inmigración masiva y la expansión agrícola que tropiezan con la fuerte oposición del tradicional grupo ganadero. El inmigrante, privado de acceder a la propiedad territorial, fue empleado en desarrollar la agricultura como peón o arrendatario en la inmensa pampa latifundista.

Como conclusión, afirma Bejarano que "en las zonas rurales la aristocracia terrateniente pudo conservar en sus manos el dominio territorial...".

De la lectura de este artículo inferimos claramente que la inmigración —idealmente destinada a "poblar el desierto"— fracasó en su propósito. No logró romper la estructura agraria tradicional, toda vez que su gran aporte —la agricultura extensiva— sólo pudo progresar subordinada a la ganadería, manteniéndose intocable el latifundio. Ese fracaso determinó la temprana urbanización del país sentando las bases del despegue industrial en la década del 30. Pero al hecho positivo de la industrialización, debemos oponer otro no menos importante, pero negativo. En efecto, la industrialización es positiva considerada sectorialmente, en cuanto contribuye a diversificar la estructura económica preexistente en el país, modernizándola. En otras palabras, la industria constituye un sector independiente, capaz de generar un crecimiento autosostenido, que en parte logra romper el antiguo esquema de la división internacional del trabajo. Pero en una consideración de tipo espacial, el hecho urbano en la Argentina y su consecuencia industrial resulta negativo. Creemos que este hecho, acelerado por la inmigración rechazada por la clase terrateniente, generó el actual desequilibrio demográfico y económico que tan visiblemente afecta las diversas regiones del país. Y la postura de la clase terrateniente de la Provincia de Buenos Aires, tan bien explicada por Bejarano, no es ajena a este vital problema argentino.

Diferentes investigaciones incluidas en este libro, tienen especial valor para la formación de los geógrafos, especialmente, "El boom argentino ¿una oportunidad desperdiciada?" por Roberto Cortes Conde; "Santa Fe en la segunda mitad del siglo XIX. Transformaciones en su estructura regional", por Ezequiel Gallo y "Desarrollo industrial y sector externo", por Aldo Ferrer. En mérito a la brevedad no nos extendemos sobre ellas, pero nos permitimos recomendar el estudio de toda la obra, aún de los trabajos estrictamente históricos o sociológicos.

En síntesis, la Editorial Jorge Alvarez ha presentado una obra bien pensada y mejor lograda que, repetimos, aunque no es geográfica, pueda constituir un excelente campo de formación e información para los estudiosos de la geografía.

RODOLFO ALBERTO RICHARD

HORACIO C. E. GIBERTI, *Historia económica de la ganadería argentina*, Buenos Aires, Solar/Hachete, 1970, 217 p.

La ganadería no solo fue factor de gran importancia en el desarrollo argentino, sino también, causa de la estructura económica. Buenos Aires se transforma con la evolución de la economía pampeana. La independencia política le impone nuevas